

DE LOBOS, ZORROS Y... COYOTES: LEYENDAS, CUENTOS Y REFRANES DE LA LITERATURA MEDIEVAL QUE ATRAVESARON EL ATLÁNTICO

NIEVES RODRÍGUEZ VALLE
El Colegio de México

“[...] un lobo grande arremetió al caballero, trabó la espada con los dientes, se la quitó de la mano y la echó fuera de la torre. ‘¡Santa María val! —dixo el cavallero— ¡levádome el espada aquel traidor de lobo e non he con qué defenderme!’” (*El Caballero Zifar*, 147-148). Este Caballero es Zifar, y esta lucha forma parte de su proceso iniciático en la aventura: “De los lobos que vinieron por comer al cavallero e al Ribaldo”.

El principal depredador de los bosques, el lobo, ha sido “fuente y depósito de símbolos, mitos y leyendas que agrupan pasiones, sentimientos y parte de la conciencia colectiva ancestral de muchos pueblos” (Alvarado, “El lobo”, 32). El simbolismo del lobo entraña dos aspectos: uno benéfico, el otro feroz y satánico. Porque ve en la noche es símbolo de luz y en esta significación se atribuye a Apolo y se presenta como un símbolo solar. El lobo en relación con lo infernal existe ya en la mitología grecolatina: de un manto de piel de lobo se reviste Hades, señor de los infiernos; las orejas del dios de la muerte de los etruscos son de lobo (Chevalier, *Diccionario*, 654a).¹ La tradición

¹ En la mitología nórdica hace su aparición un lobo monstruoso, Fenris, que destruía las cadenas de hierro y las prisiones, siendo por fin recluido en el interior de la tierra. Este monstruo

europea lo asocia con fuerzas oscuras de la naturaleza y con otros seres nocturnos como brujas, hechiceros o demonios.² Fuente de poder y señor de la noche, el lobo ha sido el enemigo público número uno de los pueblos ganaderos, al mismo tiempo que ha ocupado un papel central en la sabiduría de la naturaleza y los misterios de lo espiritual. Es depósito de temores; es temida su voracidad relacionada al pecado en el lobo y en la loba a la pasión, el deseo sensual y la fuerza femenina. Ha sido propiciatorio y sustentador de algunas civilizaciones como la fundación de Roma.³ La fuerza y el ardor en el combate hacen del

deberá romper también esta cárcel en el crepúsculo de los dioses, es decir, al fin del mundo, y devorar al sol; el lobo aparece aquí como un símbolo del principio del mal (Cirlot, *Diccionario de símbolos*, 279); únicamente la magia de los enanos puede detener su curso, gracias a una cinta mágica que nadie puede romper (Chevalier, *Diccionario*, 654a).

² El lobo, en la imaginería europea de la Edad Media, es también la forma que revisten más frecuentemente los brujos para presentarse al Sabbath, mientras que las brujas, en las mismas ocasiones, llevan ligas de piel de lobo. En España es la montura del brujo. La creencia de los licántropos u hombres-lobo está atestiguada desde la antigüedad; Virgilio ya lo menciona (Chevalier, *Diccionario*, 654).

³ La inseguridad sobre los orígenes de Roma, unida a la necesidad de crear una explicación mítica acorde a la poderosa civiliza-

lobo una alegoría guerrera para numerosos pueblos. La boca del lobo es la noche, la caverna, los infiernos; la liberación de las fauces del lobo es la aurora, la luz iniciática que sigue tras descender a los infiernos (Chevalier, *Diccionario*, 653a).⁴

Los lobos de *El Caballero Zifar*, después de haber comido toda la carne que había afuera (así son de insaciables), querían entrar en la torre donde se hallaban caballero y escudero para comérselos; es de noche, por supuesto; Zifar y Ribaldo “non se podían defender en ninguna manera; que en toda esa noche non podieron dormir nin folgar feriéndolos muy de rezio” (147). De entre la manada, es un “lobo grande” quien desarma a Zifar y lo deja vulnerable e indefenso.

El hombre, a falta de garras, gran boca negra con dientes afilados y fuertes miembros, que el lobo sí tiene, se ha tenido que valer del ingenio y la imaginación para poder vencerlo o controlarlo; cuando la fuerza y el manejo de la espada del Caballero Zifar no fueron suficientes, tuvo que entrar el conocimiento de Ribaldo acerca de las debilidades y los propios miedos del victimario. Ribaldo le dice a Zifar que no tema, le da su estoque, va al rincón de la torre donde había cocinado, toma toda la brasa que encuentra, la pone en pajas y leña, se para en la puerta y la derrama

ción, llevó a los romanos a la creación de la leyenda de Rómulo y Remo: El gobernante de la principal ciudad-estado de Lacio, Numitor, fue asesinado por su hermano Amulio, quien intentó eliminar su descendencia y obliga a su sobrina a convertirse en virgen vestal, pero Marte la posee y la embaraza de gemelos. Amulio ordena matar a los recién nacidos, pero el sirviente encargado de hacerlo los deja flotando en el Tíber, donde Tiberino, dios del río, les salva la vida. Los niños, Rómulo y Remo, fueron criados por una loba en el monte Palatino hasta que un pastor, Fáustulo, los encontró y los cuidó como hijos propios. “Aunque ambos se educaron en un ambiente de pillaje, su origen noble les posicionó como líderes natos, de modo que entre sus seguidores se contaban bandidos y ladrones” (Hill, *La antigua Roma*, 13).

⁴ La boca del lobo, en la mitología escandinava, es un símbolo de reintegración cíclica. En la tradición hispánica, la expresión “Escuro como boca de lobo” se utiliza para expresar un “sitio o noche muy oscura” (Correas, *Vocabulario*, 944).

sobre los lobos, quienes huyen, y así, Ribaldo recupera la espada de Zifar y se la devuelve. Mientras arde el fuego, los lobos no se acercan, antes se van apocando: “E certas, bien sabidor era el ribaldo, ca de ninguna cosa non han los lobos tan grant miedo como del fuego” (148). Amanece; Zifar se queja de la noche que han pasado y Ribaldo afirma que si el hombre va al paraíso, primero debe pasar por el purgatorio y por lugares muy ásperos (salir de las fauces del lobo); y presagia: “e vos ante que lleguedes a grant estado al que avedes a llegar, ante avedes a sofrir e a pasar muchas cosas ásperas” (148). Zifar pregunta cuál es aquel estado al que ha de llegar y Ribaldo afirma: “el corazón me da que a grant estado avedes a llegar e grant señor avedes a ser” (148). Aunque es en realidad Ribaldo el que vence a los lobos, estos han resultado una prueba y un presagio acerca de la grandeza que adquirirá el caballero, un paso iniciático.

Al lobo, a quien Zifar define como “traidor” y que provoca situaciones ásperas y de purgatorio, en la vida “real”, es decir, fuera de las historias o leyendas, le ha acompañado indisolublemente en su definición o descripción una connotación negativa, desde tiempos remotos hasta, sorprendentemente, la actualidad, cuando en la más reciente edición del DRAE se le menciona como “dañino para el ganado”. Para Covarrubias es un animal “conocido y pernicioso” (Covarrubias, *Tesoro*, s.v. *lobo*), es decir, gravemente dañoso y perjudicial. Su cualidad depredadora se expresó también en la metáfora de los refranes, como el que se usa “cuando se entrega algo a quien más lo ha de destruir: Entregar la oveja y los corderos al lobo, notorio desatino y robo” (Correas, *Vocabulario*, 336),⁵ o “del que mantiene al que daña” se dice: “Como la cabra que parió para el lobo” (Correas, *Vocabulario*, 174). El simbolismo se asienta sobre los atributos reales de este animal tan fuerte, que puede ser efectivamente maligno y diabólico cuando come

⁵ Cf. Covarrubias: “‘Encomendar las ovejas al lobo’, entregar o personas o negocios al que ha de dar de sí mala cuenta, por la aversión que les tiene” (*Tesoro*, s.v. *lobo*).

el ganado mermando el sustento de una familia, así como puede asesinar seres humanos.⁶ Tan arraigada está su presencia destructora en nuestras vidas que desde la infancia este temible animal no nos deja jugar tranquilos en el bosque imaginario, porque si aparece, “a todos nos comerá”. Solamente san Francisco fue capaz de hablar con el lobo y el lobo de respetarlo, pero para eso hay que ser san Francisco, y aun él, según interpretó siglos después Rubén Darío, llama al hocico del cánido “diabólico”⁷ y le pregunta “¿Vienes del Infierno? / ¿Te ha infundido acaso su rencor eterno / Luzbel o Belial?” (Darío, *Los motivos del lobo*, vv. 37-39).

La tradición muestra por experiencia que vencer o matar a un lobo es sumamente difícil; su sagacidad, sus hábitos nocturnos y su asociación con la fuerza maligna lo convierten en una amenaza que pone a prueba al héroe.⁸

Ésta como otras nociones son incluidas también en la literatura medieval a través del carácter irreverente de otro libro: el *Libro de buen amor*.⁹ En él tenemos a un “héroe” que se jacta de saber matar al lobo, el Arcipreste de Hita, quien cuando quiere seducir a la “serrana lerdá” de Cornejo que “tajaba un pino” y que le pregunta si es buen pastor y sabe de sierra, le responde:

⁶ En la lírica también se expresan estos temores, véase, por ejemplo: “¡A la villa, a la villa, pastor, / ya que el lobo pasa y leva gran furor! / ¡Todos, todos a la villa a la villa! / ¡A la villa, pastor...” (Frenk, *Nuevo corpus*, 1134).

⁷ San Francisco le pregunta al lobo: “¿La sangre que vierte / tu hocico diabólico, el duelo y espanto / que esparces, el llanto / de los campesinos, el grito, el dolor / de tanta criatura de Nuestro Señor, / no han de contener tu encono infernal?” (Darío, *Los motivos del lobo*, vv. 31-36).

⁸ “El lobo es un obstáculo en la ruta del peregrino árabe y la loba en la de Dante, donde toma dimensiones de la bestia del Apocalipsis” (Chevalier, *Diccionario*, 653).

⁹ Como afirma Menéndez Pidal, frente al espíritu ascético anterior el *Libro de buen amor* opone el espíritu mundano, pues aunque conserva la forma cuentística pone: “en el fondo un signo negativo y escarnece el antiguo propósito doctrinal” (“Notas al libro del Arcipreste”, 122-123).

Bien sé guardar mata;
yegua en çerro cavalgo;
sé el lobo cómmo se mata;
quando yo en pos él salgo,
antes lo alcanzo quel galgo.

(Ruiz, *Libro de buen amor*, 999)

En el *Libro de buen amor*, el lobo está presente con varios matices. A pesar de que el Arcipreste incluye saber matar al lobo en su currículum, la sabiduría popular ha expresado que “Con un lobo no se mata a otro” (Correas, *Vocabulario*, 185), o “Nunca un lobo muerde a otro” (Correas, *Vocabulario*, 600), usado, según Correas como una “alegoría de malos ministros”.¹⁰ En el libro de Juan Ruiz, el lobo está presente representando o aludiendo al clérigo, connotación que era frecuente y que, según Covarrubias, tiene su origen en la vestidura talar clerical que “por comer tanta tela la llamaron loba” (*Tesoro*, s.v. *loba*), aunque probablemente se origine de la metáfora de los “falsos profetas”. Para el refranero, “El lobo harto de carne, métese fraile”, Correas explica:

por los que hartos y contentos, y que se han logrado bien y gozado del mundo, tratan de la estrechez que deben tener y guardar los religiosos, y que ellos quisieran entrar en religión, y que fueran muy observantes; pero esto es de palabra solamente, que están muy lejos de ponello por obra, como el lobo (Correas, *Vocabulario*, 277).

Esta fama del lobo de estar “lejos de ponerlo por obra” y el aparentar integridad aparece en varias ocasiones en el *Libro de buen amor*, como en el “pleito quel lobo e la rraposa que ovieron ante don Ximio alcalde de Bugía”; el lobo defiende el quinto mandamiento: “no robarás”, pero teóricamente y para los otros pues,

¹⁰ “Cuando un lobo come a otro, no hay qué comer en el soto. De ministros” (Correas, *Vocabulario*, 207).

lo que él más fazía, a otros lo acusava;
a otros rretraía lo que él en sí loava;
lo que él más amava, aquello denostava;
dezié que non feziesen lo que él más usava

(322),

es decir, el hipócrita que predica pero no actúa en consecuencia.¹¹ Don Ximio, alcalde sutil y sabio, llevará el pleito; el abogado del lobo es un galgo (enemigo de los zorros), y la zorra, doña Marfusa, fingiendo ignorancia pide que se le conceda un abogado: “yo só siempre de poco mal sabida; / dat me un abogado que fable por mi vida” (329cd). Su abogado será un mastín ovejero (enemigo de los lobos). El mastín contraataca, acusando al lobo de fino ladrón, y de faltar a otro mandamiento: “no fornicarás”; pide la excomunión del lobo pues tiene barragana pública y es casado con doña Loba:

Su manceba es la mastina, que guarda las ovejas;
por ende los sus dichos non valen dos arvejas;
nin le deven dar rrespuesta a sus malas consejas.

(338 abc)

Esta misma condición de ver la paja en el ojo aje-no usará el Arcipreste para acusar a don Amor en su pelea: “Tal eres como el lobo, rretraes lo que fazes; estrañas a los otros el lodo en que yazes” (372ab), y le recriminará también el carácter traicionero observado por Zifar y su falsedad e hipocresía utilizando la misma metáfora que, según san Mateo, Jesús utilizó: “Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros disfrazados de oveja, mas por dentro son lobos” (Mateo, 7:15), al decirle:

So la piel ovejuna traes dientes de lobo;
al que una vez travas, lievas te lo en rrobo;
matas al que más quieres, del bien eres encobo;
echas en flacas cuestas grand peso e gran ajobo.

(420)¹²

¹¹ Cf. “La conciencia del lobo, que por libra y media lleva el asno, y dice que va engañado” (Correas, *Vocabulario*, 416).

¹² Registrado en los refraneros renacentistas como: “Debajo de

Esta conexión frecuente de don Amor como el lobo, aunado al tradicional desenfreno sensual de la loba,¹³ explicaría por qué a ésta no le importa mucho la apariencia de su macho, característica que según la tradición se compara a los gustos de las mujeres, pues: “La loba y la mujer, iguales son en el escoger: Dicen que la loba se toma del más ruin lobo, y en la mujer vemos pagarse del menos cuerdo” (Correas, *Vocabulario*, 424),¹⁴ o, como explica Sebastián de Horozco:

Es cosa muy natural,
por tanto decirlo oso,
que la loba es animal
que para el acto carnal
siempre escoge el más astroso.

Y así suele acontecer
que entre muchos servidores
de esta forma la mujer
es loba en el escoger
y escoge de los peores

(*Teatro*, núm. 1453);

todo esto, según el Arcipreste, por culpa de don Amor:

De la lozana fazes muy loca e muy bova;
fazes con tu grand fuego commo faze la loba:
al más astroso lobo, al enatío, ajoba;
aquél da de la mano e de aquél se encoba.

(402)

piel de oveja está el lobo robador”: “Hay unos falsos cortes es / que debajo de humildad / tienen llenos los enveses / de dobleces y reveses, / de soberbia y de maldad. // Las obras son de vulpeja / y las palabras de amor. / Así que según semeja, / debajo de piel de oveja / está lobo robador” (Horozco, *Teatro*, núm. 691). “Piel de oveja, carne de lobo; o Piel de oveja, costillas de lobo: Por costumbres de lobo” (Correas, *Vocabulario*, 637).

¹³ Cf. “Lo que el lobo hace, a la loba place. Lo que la loba hace, al lobo le place” (Correas, *Vocabulario*, 463).

¹⁴ “La mujer es como la loba en el escoger” (Correas, *Vocabulario*, 432); “La loba en el escoger, la anguilla en el retener: No tienen acierto” (Correas, *Vocabulario*, 424). Horozco registra este refrán de la siguiente manera: “La mujer es loba en el escoger” (*Teatro*, núm. 1453).

Como traidor, insaciable, feroz, temible, hipócrita, diabólico y lujurioso, en la expresión literaria de leyendas y refranes, llega el lobo al Renacimiento español, cuando los seguidores de San Francisco (menos en lo que concierne al trato con los lobos) desembarcan en tierras americanas con toda esta carga simbólica. Sin embargo, esta carga no se depositó en el lobo americano presente, ni siquiera en el jaguar que ocupaba un papel simbólico parecido al lobo: el que lleva la boca de los infiernos, que se abre de par en par en el horizonte de la tierra (Chevalier, *Diccionario*, 654); sino que un nuevo cánido la recibió; quizá porque este animal americano tenía una gran significación y había recibido un tratamiento distinto del de sus compañeros cánidos europeos; se realizó un traslado y una adaptación de los contenidos, símbolos y motivos de los diabólicos lobos (*canis lupus*) al animal “propio de esta tierra” (*canis latrans*),¹⁵ como lo describe fray Bernardino de Sahagún:

Hay en esta tierra un animal que se dice *cóyotl*, al cual algunos de los españoles le llaman zorro, otros le llaman lobo, y según sus propiedades, a mi ver, ni es lobo ni zorro, sino animal propio de esta tierra. [...] siente mucho, es muy recatado para cazar, agazápanse y pónese en acecho, mira a todas partes para tomar su caza, y cuando quiere arremeter a la caza primero echa su vaho contra ella, para inficionarla y desanimarla con él. Es diabólico este animal: si alguno le quita la caza nótales, y aguárdale y procura vengarse de él, matándole sus gallinas u otros animales de su casa; y si

¹⁵ La familia de los cánidos está compuesta por 35 especies. Ocho de ellas —entre las que se cuentan el lobo gris, el lobo rojo, el coyote, el zorro rojo, el zorro gris y el zorro ártico— habitan en América del Norte. Estas ocho especies se pueden organizar en tres grandes categorías: lobos (*canis lupus*), coyotes (*canis latrans*) y zorros (*canis vulpes*). Entre los cánidos, los lobos son los miembros más grandes. Los coyotes son más pequeños; son animales resistentes, tienen poblaciones más grandes y habitan un rango mayor que los lobos. Los coyotes son capaces de adaptarse al cambio y poseen una tolerancia mayor a la invasión humana. Al igual que los lobos, han sido perseguidos debido a su naturaleza depredadora (Alvarado, “El lobo”, 33).

no tiene cosa de estas en que se vengue, aguarda al tal cuando va camino, y pónese delante ladrando, como que se le quiere comer por amedrentarle; y también algunas veces se acompaña con otros tres o cuatro sus compañeros, para espantarlo, y esto hacen o de noche o día (Sahagún, *Historia general*, 623).

El coyote, en el mundo prehispánico, era uno de los dioses (Huehucóyotl), era el nagual de otro (Tezcatlipoca), acompañaba el sacrificio generador de vida (caballeros coyote) y portaba la noche para mantener el equilibrio, la armonía de la naturaleza. Las leyendas en México, a partir de la conquista, cargarán al coyote con la simbología negativa del lobo y le darán un significado que no tenía: “es diabólico”; así lo encontramos en una leyenda reciente de Hidalgo en que se le atribuyen al coyote características sobrenaturales que provienen directamente de su relación con el diablo y su lejanía de lo divino: Dios y el diablo pastoreaban ganado, Dios corderos, como corresponde, y se ayudaba de perros (fieles); el diablo pastoreaba chivos, como es debido, ayudado por coyotes (traidores); el diablo envidioso de los corderos de Dios se los apuesta en una carrera; el diablo, como es el diablo, hace trampa para llegar antes y Dios, como es Dios, de todas maneras le gana; entonces Dios bendice a los chivos que ganó y los acoge en su rebaño, pues aunque eran del diablo, los perdona; pero al coyote no lo bendice, no lo perdona, como no perdona al diablo mismo, sino que lo envía al monte; de ahí que continúa en poder del diablo y de ahí su capacidad de hacer daño (Rodríguez Valle, “Cinco relatos sobre el coyote”, 25-27).

En las leyendas tradicionales mexicanas posteriores a la conquista, para poder vencer al coyote se necesita más que el fuego de Ribaldo, pues el coyote “inficiona” con su vaho, paraliza con movimientos de la cola, su mirada frontal hace enmudecer, provoca escalofríos, hace crecer la cabeza del oponente y, aunque ya no quita las espadas ni las arroja fuera de la torre, descompone los rifles: “Muchos cazadores cuentan que, para que el rifle truene de nuevo, se necesita

pasarlo cuatro veces haciendo ‘la cruz’ entre los pies y persignarlo. Así el rifle volverá a funcionar” (Montalvo Guzmán, “Las travesuras del coyote”, 14).¹⁶

El coyote sí compartía con el lobo algunos rasgos semejantes, especialmente aquellos relativos a don Amor-lobo y la lujuria. En Huehucóyotl, coyote viejo, el dios coyote, se “expresaban los conceptos fundamentales de placer y lujuria, cualidades que se atribuían, por cierto, a los coyotes. Ahí estaba Huehucóyotl, dando cuenta de una de las realidades del mundo: el erotismo” (López Austin, *Los mitos del tla-cuache*, 163).¹⁷

Si en las leyendas el animal depredador *canis lupus* o *canis latrans* es maléfico y lujurioso, en el cuento recibe un tratamiento completamente diferente; en este género puede ser, no sólo vencido, sino ridiculizado, convirtiéndose de victimario en víctima. En los cuentos mexicanos del coyote, a la condición de animal vencible se añade un adversario débil físicamente pero que posee un componente esencial: la astucia, y así entra en escena la característica principal de otro cánido: del *canis vulpes* (vulpeja, raposa o zorro). Aunque todos los cánidos son animales depredadores que cazan a sus presas, en la literatura y en las tradiciones populares, a pesar de que, según el refrán: “El lobo y la vulpeja ambos son de una conseja” (Horozco, *Teatro*, núm. 938),¹⁸ no son tratados de la misma manera. Los zorros, o mejor dicho la zorra, a quien se le toma por lo general como símbolo de la astucia, pero de una astucia dañina casi siempre (Chevalier,

Diccionario, 1090b),¹⁹ tendrá su hábitat natural en el género de los cuentos. Analicemos brevemente cuál es la enseñanza de los cuentos medievales en los que la zorra es uno de los protagonistas para observar cómo se traslada a los cuentos mexicanos sobre el coyote.

Por lo general, en los cuentos medievales, la zorra se presenta como una figura de la que hay que desconfiar y como enseñanza para no dejarnos engañar por la astucia ajena; como en la fábula esópica reinterpretada por el Arcipreste en el “Enxieplo de la rraposa e del cuervo”, con que ejemplifica cómo para obtener sus fines, la raposa se vale de la vanidad y ceguera del “cuervo tan apuesto”, pariente de cisne en blancura, que canta más dulcemente que las demás aves (1437-1444); retomado por don Juan Manuel en el Exemplo V: “De lo que contesció a un raposo con un cuervo que tiene un pedaço de queso en el pico” (*Libro de los enxieplos*, 100-103), para que Patronio aconseje al conde Lucanor que no sea como el cuervo que cree en las alabanzas y los halagos del raposo. Patronio reitera más adelante extendiendo el consejo con el Exemplo XII: “De lo que contesció a un raposo con un gallo”,²⁰ pues cuando el gallo

¹⁹ Cf. Covarrubias: “De la zorra se dijo zorrera, el lugar donde hay mucho humo, como son las chimeneas humosas, que echan a los huéspedes de casa. Está tomado de la astucia que tienen los cazadores contra la misma astucia; porque habiéndola encerrado en su cueva o zorrera, le echan tanto humazo, que la hacen salir por fuerza, y cae en el lazo o la abocan los perros. En la Sagrada escritura hay algunos lugares que usan desde nombre para significar alguna de las calidades dichas” (*Tesoro*, s.v. *zorra*).

²⁰ Correas registra un cuento que contiene estos dos motivos en uno, bajo el refrán: “Alcaraván zancudo, para otros consejo y para sí ninguno; [o] Alcaraván zancudo, da consejo y para sí no tiene ninguno: El cuento es que una paloma tenía su nido en un árbol; la vulpeja amenazóla que la comería si no la daba parte de sus hijos; la paloma, de miedo, dábasela. El alcaraván, compadeciéndose de la paloma, diola consejo que no la diese nada, que el árbol era alto y no podía subir la vulpeja; y así no la dio nada dende adelante, y díjola la causa por qué. Preguntó la vulpeja quién la había dado aquel consejo; respondió que el alcaraván. Después, trabando plática la vulpeja con el alcaraván, alabóle de sabio en la gobernación de su vida, y entre otras cosas, pregun-

¹⁶ Si se logra matar al animal y obtener la recompensa futura como Zifar, es necesario abrirle la frente inmediatamente, mientras su sangre está caliente y extraerle una piedrecita mágica, con ella, la persona que la carga “llega a tener mucha suerte en todo, además de que protege” (Montalvo Guzmán, “Las travesuras del coyote”, 14).

¹⁷ El coyote era temido no sólo por su sagacidad para encontrar pareja, sino también por su desarrollado instinto sexual, por el largo tiempo que dura su coito y su rápida recuperación para repetirlo (Díaz Infante, *La educación de los aztecas*, 113).

¹⁸ Correas lo registra: “El lobo y la vulpeja, todos de una conseja”, “...todos son en la conseja” (*Vocabulario*, 277).

no cree en los halagos, el raposo utiliza otra estrategia ante la cual hay que estar prevenidos: provocar miedo sin razón. Sin embargo, hay también algunos consejos en que debemos tomar ejemplo de la zorra, aunque no sean muy éticos, como cuando la zorra escarmienta en cabeza ajena, en la cabeza específica del lobo, y es premiada, en el “enxiemplo de como el león estaba doliente, e las otras animalias lo venían a ver” del *Libro de buen amor*, el lobo desea lo que al león le conviene más, pero desoye las jerarquías medievales y es castigado, la zorra entonces decide darle gusto al rey aunque éste se perjudique pues: “En la cabeza del lobo tomé yo lición; / en el lobo castigué qué feziese o qué non” (88 cd).²¹

La astucia de la zorra también atravesó el Atlántico, pero a su llegada su papel en algunos cuentos dejó de ser una advertencia contra la astucia dañina de los demás y se privilegió el consejo del engaño; la piel de la zorra fue colocada sobre otros animales (conejo, tlacuache, para la Warner Brothers, el correcaminos). En los cuentos del coyote que forman una sucesión de enfrentamientos entre dos personajes: el fuerte (coyote) trata de aprovecharse de la debilidad de su oponente (conejo, tlacuache), pero la astucia del dé-

tóle qué hacía cuando quería dormir; respondió el alcaraván que metía la cabeza debajo de las alas, y diciendo y haciendo metiéndola; entonces, arremetió la vulpeja contra el alcaraván y comiósele; y así hizo verdadera la sentencia de Eurípides, poeta griego: ‘Reniego del sabio que para sí no es sabio’” (*Vocabulario*, 70).

²¹ Otro cuento medieval expresa la astucia de la zorra, narrado en el *Libro de buen amor* en el “Enxiemplo de la rraposa que come las gallinas en la aldea” (1412-1424), y en el Exemplo XXIX de don Juan Manuel: “De lo que contesció a un raposo que se echó en la calle e se fizo muerto” (199-202). Más tarde, Covarrubias registrará este hecho bajo la entrada *Zorrería*: “es hecho astuto por donde el malo disimulando se escapa; porque la zorra cuando viene a poder de los perros y del cazador, hace de la muerta y se la deja morder y tratar sin hacer ningún sentimiento, y se ha visto que llevándola el cazador empiolada y puesta en un palo colgando a las espaldas, cuando menos se cata le muerde en una nalga y se escapa. [...] se muere burlando y no de veras cuando se ve presa, y quiere engañar a los cazadores. Finalmente este animal significa el hombre astuto, maligno, engañador, bellaco disimulado, por sus perversas y cautelosas mañas” (*Tesoro*, s.v.).

bil siempre vence.²² En los ejemplos de advertencia medievales, el enfrentamiento entre los dos animales pone el acento no en la debilidad física, sino en la debilidad que produce la falta de virtud, la vanidad o el miedo. Así, la astucia de zorra medieval, que expresaba aptitudes inferiores y tretas del adversario (Cirlot, *Diccionario de símbolos*, 473), en el cuento tradicional mexicano se vuelve virtud; en él se aconseja al débil y oprimido ser astuto hasta las últimas consecuencias, a realizar, desde actos creativos e inocentes para poder escapar y sobrevivir, hasta los actos más crueles de asesinato y tortura. En el siguiente fragmento, vemos sólo la astucia y el ingenio del conejo:

El coyote salió de donde se escondía y agarró al conejo. Le dijo:

—Ahora, voy a comer conejo.

El conejo contestó:

—Haz lo que quieras, menos que me echés dentro de los nopales.

—Ya compré chile para echar en la sopa de conejo, dice el coyote.

—Haz lo que quieras, dice el conejo, menos echarme dentro de los nopales.

Entonces dice el coyote:

—¿Tienes miedo de las espinas? Te echaré allí mismo.

Entonces tiró el conejo dentro de los nopales. El conejo corrió riendo. Dijo:

—Nací y crecí dentro de los nopales (*Yo minyo*, 9).

Pero la mayoría de los cuentos tradicionales del coyote finalizan con su muerte, siempre engañado, en manos de la supuesta víctima: despeñado, devorado vivo, golpeado, mordido por perros o animales ponzoñosos, quemado, ahogado, castrado, servido como comida para su mujer e hijos, etc. El temor o los temores proyectados en este animal se transforman, a través del cuento, en odio, y es que su muerte es la

²² Como afirma López Austin, los cuentos del tlacuache y el coyote vienen de otras tradiciones, pero se han enriquecido y matizado en el territorio mexicano (*Los mitos del tlacuache*, 313-314).

única manera en que el otro puede liberarse, como lo expresa este cuento de un coyote y un conejo:

—Ahora sí te como. Ahora sí te como. Me dices mentiras y me vuelves a mentir. Ahora sí no te perdono.

—No, porque te estoy cocinando chicharrones. Debajo de este maguety te estoy cocinando chicharrones.

Luego le dice:

—Oye. Se están cocinando para que nos los comamos. Para ir a dejarte comida.

El coyote, que era muy tonto, metió las narices debajo del maguety. Era una víbora que estaba cascabeleando. Lo mordió en la cara y se murió. El conejo quedó libre (Scheffler, *La literatura oral tradicional*, 64-65).

Así, en la narrativa mexicana tradicional, el cánido lobo europeo hereda sus atributos al coyote de las leyendas y, en los cuentos, el zorro los hereda a sus potenciales víctimas.

De este modo, observamos que nuestra tradición oral actual no puede negar sus antecedentes culturales; por un lado, la significación iniciática de superación instintiva, de vencer las temidas fuerzas internas en un símbolo exterior, que tiene tal poder que se entiende como superior al natural y debe explicarse como proveniente de fuerzas malignas diabólicas; por otro, la enseñanza que pretendían los cuentos medievales para que los príncipes o, irreverentemente, las dueñas o los curas enamorados, no se dejaran vencer por la adulación o los temores, que se transforma en la enseñanza para el débil de que vale más maña que fuerza y que, por lo menos, tenemos, en el género del cuento, la posibilidad y el consuelo de que el fuerte sea vencido si somos lo suficientemente astutos. Mucho falta por recorrer siguiendo los pasos del lobo y del zorro en nuestro coyote; la herencia medieval y los matices adquiridos en esta tierra que siguen vivos en la narrativa oral mexicana.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVARADO, ALEJANDRA, “El lobo. Algo de su historia, biología y ecología”, *Correo del Maestro*, 99, agosto 2004, 32-37.
- CHEVALIER, JEAN, *Diccionario de símbolos*, Barcelona: Herder, 1986.
- CIRLOT, JUAN-EDUARDO, *Diccionario de símbolos*, Barcelona: Labor, 1992.
- CORREAS, GONZALO, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales (1627)*, ed. de Louis Combet, revisada por Robert Jammes y Maïté Mir-Andreu, Madrid: Castalia, 2000.
- COVARRUBIAS, SEBASTIÁN DE, *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. de Felipe C. R. Maldonado, revisada por Manuel Camarero, Madrid: Castalia, 1995 [1611].
- DARÍO, RUBÉN, *Poesía*, ed. de Ernesto Mejía Sánchez, 2ª ed., Caracas: Ayacucho, 1985.
- DÍAZ INFANTE, FERNANDO, *La educación de los aztecas*, México: Panorama, 1984.
- El Caballero Zifar*, ed. de Joaquín González Muela, Madrid: Castalia, 1982.
- FRENK, MARGIT, *Nuevo corpus de la antigua lírica popular hispánica (siglos xv a xviii)*, 2 vols., México: Universidad Nacional Autónoma de México-El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 2003.
- HILL, DUNCAN, *La antigua Roma. De la República al Imperio*, Barcelona, Parragon, 2009.
- HOROZCO, SEBASTIÁN DE, *Teatro universal de proverbios*, ed. de José Luis Alonso Hernández, Salamanca: Universidad de Salamanca, 1986 [1558-1580].
- JUAN MANUEL, DON, *Libro de los enxiemplos del Conde Lucanor e de Patronio*, ed. de Alfonso I, Sotelo, 23ª ed., Madrid: Cátedra, 2004 [1335].
- LÓPEZ AUSTIN, ALFREDO, *Los mitos del tlacuache*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- MENÉNDEZ PIDAL, RAMÓN, “Notas al libro del Arcipreste de Hita”, en *Poesía árabe y poesía europea con*

- otros estudios de literatura medieval*, Buenos Aires: Austral, 1941, 117-133.
- MONTALVO GUZMAN, GENARO, "Las travesuras del coyote. Cuento náhuatl", *Guachi 'Iguana Rajada*, 34 (Oaxaca), Cuarta época, julio-agosto, 1992, 13-14.
- RODRÍGUEZ VALLE, NIEVES, "Cinco relatos sobre el coyote", *Revista de Literaturas Populares*, 3:1, 2003, 17-29.
- RUIZ, JUAN, Arcipreste de Hita, *Libro de buen amor*, ed. de G. B. Gybbon-Monypenny, Madrid: Castalia, 1990.
- SAHAGÚN, FRAY BERNARDINO DE, *Historia general de las cosas de Nueva España*, México: Porrúa, 1979. [Sepan Cuantos... 300]
- SCHEFFLER, LILIAN, *La literatura oral tradicional de los indígenas de México. Antología*, 4ª ed., México: Dirección General de Culturas Populares-Premiá, 1986.
- Yo minyo. Cuentos de coyotes*, México: Instituto Lingüístico de Verano-Secretaría de Educación Pública-Dirección General de Educación Extraescolar en el Medio Indígena, 1958.